



Promesa solemne

por Marc H. Wyman

y Chris Bagues

Relato de Gushémal

Otros relatos del mundo de Gushémal

- El llamado del dragón, Partes I y II
- La ruina y la esperanza
- El eterno guerrero
- La niñez del guerrero
- Doncella broquelera

Lean estos relatos en nuestro sitio de Internet:

http://www.gushemal.com/stories_esp.htm

¡Lean también los “Relatos de los viajeros del mundo”!

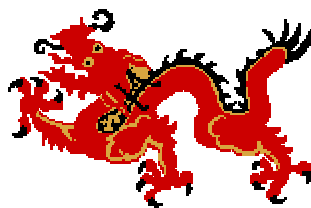
Bájenlos del siguiente enlace:

http://www.gushemal.com/si_esp/download.htm

© 2002 de T.I.P. Entertainment

Se autoriza la distribución gratuita de este texto, siempre que se mencione a los titulares de la propiedad intelectual y los autores (o bien, si se respeta la integridad del texto).

Los comentarios sobre este relato diríjanlos a marc@gushemal.com. ¡Siempre estamos a la espera de la respuesta de ustedes! (De indicarse expresamente, sus comentarios tienen posibilidad de aparecer en el sitio de Internet.)



Hace dos semanas...

—¡Precio especial para usted, Señorito Hechicero! —aclaró el mercader tonomai, cuyo oscuro rostro sacó a relucir una sonrisa servil—. Apenas cuarenta *aryels*, ¡una ganga!

Barandas el Magnífico, como se hacía llamar, sopesó con dudas el pequeño artículo triangular, cuyo brillo dorado atrapaba la luz del sol devolviendo hermosos destellos y haciendo resaltar las inscripciones vivoreantes de los costados.

—No estoy muy seguro de que sea una ganga. Ni siquiera es oro verdadero, sino que lo ha encantado un sacerdote —musitó—.

—¡Pero le gusta! —exclamó con una sonrisa radiante el tonomai—. Lo alejé de los puestos del mercado y lo atraí hacia mi humilde casilla, y yo... —se interrumpió, cayendo, de pronto, desde la risueña alegría hasta la descorazonada desesperación—. ¡Tremenda ganga le ofrecí! Un objeto mágico, un... ¿cómo le dicen en su idioma?, un utensilio. Muchas décadas ha integrado la colección de un sabio hechicero de nuestra tierra hasta que él cayó en desgracia y tuvo que venderlo. ¿Quién sabe los milagros que conserva? ¡Señorito Hechicero, usted *debe* tenerlo!

Barandas se rió entre dientes:

—Oh, claro; todos tus amigos de los otros puestos seguro que dirían lo mismo acerca de sus *propios* utensilios —dijo, y, con descuido, volvió a dejar el artículo en la mesa de exhibición—. Tal vez alguno de los de ellos sea *realmente* de mi agrado.

Un momento pareció que el mercader apenas se limitaría a aceptar lo dicho y aguardar mejor clientela; acto seguido, asintió con la cabeza y sonrió una vez más:

—¿Sabe lo que dice la inscripción? En una lengua antigua, que hablaban mis más lejanos antepasados, pero le puedo contar lo que dice.

—¿Y qué dice? —le contestó Barandas sin mucha atención, como si no pudiera esperar a irse hacia otro puesto—.

El tonomai levantó el artículo, pasó la vista sobre los símbolos con ojos entrecerrados y, acto seguido, dijo en tono ominoso:

—“*Quien descubra mi secreto desatará los poderes de la bestia. Suya será la fuerza del dragón, la velocidad del tigre, la agilidad de comadreja; todo le pertenecerá a aquél que me conozca*”. Bueno, Señorito Hechicero, ¿qué me dice?

—Digo —dijo encogiéndose de hombros— que miente. Está escrito en keroullian, que es de la tierra que ahora es Rek’atrednu, y se trata de un simple acertijo.

—Oh —sonrió el mercader, ya sin expresión servil—. ¿Medio *aryel*?

Barandas se encogió de hombros, hurgó en el bolsillo de su toga y sacó unas monedas de bronce:

—*Eso* sí que se parece a una ganga— dijo al tiempo que entregaba el dinero a cambio del artículo—.

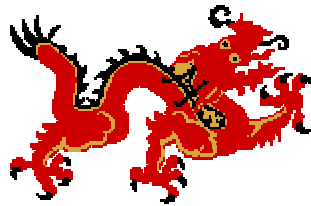
—Un placer hacer negocios con usted, Señorito Hechicero.

—Igualmente —dijo Barandas asintiendo con la cabeza para después comenzar a encaminarse fuera del mercado, mirando a todo el mundo como si no tuviera otra cosa en mente que no fuera disfrutar del cálido día; sin embargo, una vez que los crujidos y apresuramientos quedaron a sus espaldas, se apuró a meterse en un callejón en penumbras—.

En la mano derecha todavía sostenía el artículo triangular; con la izquierda sacó otro objeto de áureos destellos, que parecía casi idéntico al anterior. Se le dibujó una sonrisa en el rostro al ir acercando ambos artículos, los que, de repente, quedaron encastrados, formando un solo objeto. Y el hormigueo que Barandas había sentido desde el primer momento en que ambos objetos se hizo más intenso.

Fue dándose vuelta poco a poco. Tras hacer un giro completo miró hacia el sudeste. Hacia tal dirección el hormigueo había alcanzado la máxima intensidad.

—Bueno, mi querido mercader —sonrió el hechicero—, no tienes idea de lo cerca que estuve con tu supuesta “traducción”. *Los poderes de la bestia...* ¡Serán todos míos!



Hoy...

—Es muy mal educado, Señorito Cornell —dijo el alreu Flink con voz finita y mirada de reproche hacia el guerrero sentado frente a él sobre una pila de mantas; si se estaba cerca, podría haber dado la impresión de que salían refunfuños de debajo de esa pila—.

Cornell de Cayaboré se encogió de hombros y se apoyó contra la pared que tenía a sus espaldas y con las manos en la nuca:

—Hay silencio —esa fue toda la explicación que estaba dispuesto a brindar—.

—¡Oh, y me supongo que usted amordaza a todo el que se topa con usted si quiere silencio! ¡No le ha hecho eso a Gabe, y, pues claro, a mí tampoco!

—Qué idea tentadora —dijo el cayaboreano, dirigiéndole una temible mirada a la pequeña y esmirriada criatura—.

El alreu puso expresivamente sus grandes ojos en blanco:

—Oh, no lo dice en serio —dijo ahuyentando la idea—. Mis amigos de verdad no pueden evitarlo. ¡Madre mía, señor, imagínese si usted hubiera pasado *años* atrapado dentro de una bestia monstruosa,

siendo esa bestia y matando y asesinando a todo el que pasaba por al lado y apenas buscaba una amable y buena conversación! ¡Es tan desagradable, tan *schrecklich*; mis amigos necesitan hablar!

—Tus amigos —musitó Cornell— me ponen los nervios de punta. ¿Por qué no tratas de llevar el escudo un rato?

Flink lo miró espantado:

—¡Señor, es *su* escudo! ¡Usted los salvó de la bestia al absorberlos y dejarlos en él! ¡*Jamás* me atrevería a ocupar su lugar, por más que me encantara hablar con ellos!

—Sí, claro que no —gruñó Cornell para volver a contemplar el cielo ligeramente cubierto de Tonomat—.

Bajo la pila de mantas los ruidos del escudo se hacían más fuertes: eran tres voces que imploraban que las destaparan. De hacerlo, todo lo que oíría sería una lluvia de quejas acerca de la permanencia tan prolongada en lo oscuro. Sólo los Dioses sabían cómo es que las pobres almas *veían* algo, atrapadas como estaban en un escudo de madera duéndica por encantamiento. Pero veían y, lo que era peor, hablaban.

A lo largo de todo el camino desde el templo antiguo en el límite del Desierto Elfadil hasta este pequeño pueblo ubicado en alguna parte del Imperio Tonomai, rara vez habían hecho una pausa en su hablar: Nev, ex contador, al que era claro que jamás nada le venía bien; Phindar, que supo ser jefe de caravana y sacerdote de Decalleigh, siempre tenía una anécdota más para contar, sin importar la enojosa similitud que guardara con las anteriores; y estaba Halla Valfrey, la Doncella Broquelera de Keroull.

Cornell seguía sin saber exactamente qué era una doncella broquelera o cuál era la relación con el escudo de madera duéndica, lo cual, quizá, era parte de la razón por la que Halla le agradaba. *Ella* todavía no le había contado toda la historia de su vida; de hecho, había permanecido en callada la mayoría del tiempo, mientras Nev y Phindar se la habían pasado hablando de tal y cual cosa y de tal cual otra y...

Bueno, ¿acaso no había que ponerle fin a esta perorata interminable? Quedase bien o quedase mal, ¡se merecía un recreo después de más de tres semanas!

—¡Hay maravillosas novedades, Cornell, Flink! —dijo una voz de barítono interrumpiendo los pensamientos del cayaboreano, que, al levantar la vista, vio un gigante que se cernía sobre él, ataviado en cuero que demasiado calor daba para las temperaturas locales, y que ni le molestaba; llevaba un hacha de combate en la espalda, cuya hoja se asomaba entre su rubia melena—. Hallé algo para que hagamos!

—Gabe —dijo Cornell cubriéndose del sol al mirar a su amigo bárbaro— se suponía que ibas a comprar provisiones para el resto del viaje. ¿No habíamos quedado en que iba a viajar directamente a Cayaboré?

El bárbaro se encogió de hombros:

—La caverna nos queda de paso, por lo que creía que no te iba a importar.

—¿Qué caverna? —exclamó Cornell—.

—Madre mía, señor —intervino Flink—, ¿pasa algo malo? Usted levanta la voz sólo si hay peligro, ¿no?, y... ¡Ah, qué bien! ¿Hay monstruos? ¿Dónde? ¿Los puedo ver?

El cayaboreano levantó la mano, miró fijo al alreu y, de milagro, la pequeña criatura se llamó a silencio, contemplando la mano con absoluta intriga.

—Gabe —dijo Cornell lentamente, forzando la voz para mantenerla en el mismo tono— de qué caverna hablas? Y qué es eso que has hallado para que *hagamos*?

—Una tarea para bañarse de honor y de aclamación! —dijo orgulloso el bárbaro—. ¡Viajaremos al sur para introducirnos en una caverna profunda y peligrosa que se halla protegida por la hechicería y la magia, barreras que seremos los primeros mortales en atravesar! ¡No hay guardia hechizado que le haga frente al poder *bwyell*, no cuando se combina con la fuerza del gran Cornell de Cayaboré!

—Ah...

Al parecer, Gabe no se dio por enterado de la mirada cargada de dudas del cayaboreano al señalar por arriba del hombro hacia el camino.

—Me encontré con un hechicero que me habló de esta caverna; él nos acompañará. Él cuida las provisiones que compré.

De repente, Cornell se elevó cual rayo y tomó del brazo derecho al bárbaro.

—¿Le dejaste las provisiones a un extraño? ¿Pero no el *dinero*, me imagino?

Gabe se encogió de hombros una vez más y tocó el hacha que tenía en la espalda:

—El hechicero sabe lo que *bwyell* le hará si nos hace una mala jugada.

La afirmación del bárbaro de poco sirvió para calmar a Cornell. Rápidamente sacó las mantas y se hizo del escudo broquel que estaba debajo. Ni se dio por enterado de las quejas de los espíritus de la madera duéndica cuando se lo calzó y salió disparado por el camino con rumbo a dónde Gabe había señalado. ¿Acaso el loco este jamás se enteró que hay quienes creen que son más rápidos que la condenada hacha suya? “*Bwyell* le enseñará a no volver a hacerlo”, ¡ah, sí, seguro!

Los caminos estaban llenos de gente: tonomai que cumplían con sus ocupaciones y usaban sombreros anchos que les daban sombra, verdadera bendición sobre el rostro; Cornell, por su parte, se los sacaba del camino bruscamente con los hombros, hasta que, por fin, vio un carro con dos caballos de tiro adelante. En el asiento se hallaba una figura togada: era un hombre delgado, de unos veinticinco años y con un rostro angosto que se las arreglaba para mantener a un tiempo una expresión de franca amistad sin perder lo taimado.

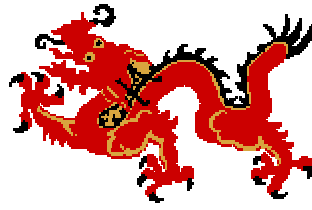
—Mira —dijo jadeante Gabe mientras se soltaba de Cornell—, ¡el hechicero sabe que *bwyell* le arrancaría la cabeza si se hubiera robado lo nuestro!

Cornell suspiró con sonrisa socarrona:

—No sea cosa de que pierda una parte vital de la anatomía; debes haberte olvidado de cómo se conduce un carro, ¿no es cierto? —dijo levantando la voz—. ¿O hay otra razón por la que todavía no abandonaste el pueblo?

La figura togada se dio vuelta, entregando una sonrisa radiante al ver al cayaboreano; acto seguido, Barandas dijo:

—Bueno, ahora sí que me alegro también se verte, mi viejo amigo.



—Oh —dijo Gabe desilusionado—, ya se conocen.

El hechicero se echó a reír. Cornell se hallaba menos inclinado júbilo, al tiempo que le dirigió una mirada amenazadora y musitó:

—Más de lo que me gustaría recordar. ¿Por qué me sigo topando contigo, Barandas?

—Tal vez tu buena suerte —respondió el hechicero, y señaló hacia la carga que había en el carro—. Pongámosla en un lugar seguro, y hablaremos del viajecito que tengo pensado para nosotros. Después podremos... Eh, Cornell, ¿te importaría decirme qué es *eso*?

—¡Caramba, señor —dijo Flink con alegría, recargado con las mantas con que Cornell había silenciado el escudo—, soy alreu! Que los dioses lo bendigan, ¿soy el primero de mi especie con que usted se encuentra? ¡Debe tener tantas preguntas sobre mí! Pregunte nomás, por favor, le voy...

—*Tiene* que ser en broma —gimió Barandas—. ¡Cornell, no me digas que andas por ahí con un maldito *alreu*! Por las mareas de la magia, te dejo solo unos días y ya te juntas con uno de estos hombrecillos?

Cornell dio un hondo suspiro mientras subía al asiento, tirando el escudo de madera duéndica en la parte trasera del carro. Salieron grititos de queja, de los que el cayaboreano alegremente hizo caso omiso.

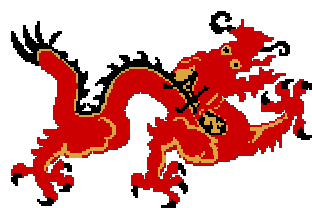
—Hasta donde me acuerdo —murmuró al hechicero— te vino de perillas aquel ídolo alreu hace un tiempo, ¿o no? Barandas el Magnánimo, ¿no era así?

—¡“Magnífico”! —gritó el hechicero, refunfuñando disgustado al ver la cara de satisfacción de Cornell—.

—Me disculpo —dijo el cayaboreano, disfrutando cada palabra—. Jamás serás generoso, claro está.

Flink y Gabe se subieron al carro y hallaron un lugar para ellos entre los montones de provisiones; el bárbaro les dirigió una mirada de pena a los dos hombres del asiento.

—Algo debe faltar aquí —musitó, para después resignarse a escuchar a Flink, que daba comienzo con entusiasmo al recuento de víveres y a hacer una lista de memoria de todo lo que encontraba—.



—¡Y quédate afuera!

Iracundo, Barandas cerró de golpe la puerta tras sacar a empujones del pequeño cuarto a Flink por tercera vez. Se oyó la voz quejumbrosa del alreu un momento a través de la madera, y, después, pareció llamarse a silencio. Con toda seguridad, pensó Cornell, se había dirigido a Gabe o al escudo en busca de algún nuevo tópico.

—Muy bien —dijo Cornell, y dio un hondo suspiro—, ¿detrás de qué andas esta vez? ¿Dinero o magia? Se me hace que no hay una doncella en la caverna que necesita que la rescate un heroico hechicero.

Barandas puso los ojos en blanco.

—Me da la sensación de que verme no te hace del todo feliz.

—Estoy extasiado. Vamos, desembucha.

El hechicero volvió a poner los ojos en blanco y se sentó en un taburete al lado de una mesa de taller. Estaban en un diminuto anexo de un establo, un cuarto en el que no había más que el taburete, la mesa y una pila de herraduras. Unos minutos antes, Cornell había vendido la yegua que le había comprado a los beduinos del sueño del Desierto Elfadil por noventa y cinco *aryels* de plata. Después le había pedido al dueño del establo una habitación privada, y, para sorpresa suya, el tonomai accedió de inmediato. Parecía estar más que atareado entrando el enjuto equino del desierto a su establo como para preocuparse por los demás deseos del cliente, lo cual era un buen signo, se esperanzó Cornell, ya que pensaba comprar un buen caballo aquí. Un caballo de verdad, digno de un guerrero cayaboreano.

Pero primero había que resolver el asunto de Barandas.

—¿Y, de qué se trata? ¿Magia o dinero?

Barandas se encogió de hombros:

—Magia. Conseguí un mapa de un mercader que muestra el camino que conduce a la caverna. Supuestamente, un poderoso hechicero vivió allí hasta que cayó en desgracia y se fue. No me preguntes qué fue lo que pasó exactamente, no lo sé. Pero el mercader me contó que el hechicero tuvo que dejar cosas tuyas. Quizá haya algo bueno.

Ahora le tocaba a Cornell poner los ojos en blanco.

—Oh, estupendo, otra búsqueda de un lugar misterioso. Justo lo que me hace falta. ¿Qué peligros nos esperan? ¿Dragones alados horadores? ¿Un hechizo que incinera a todo el que entra? ¿O un holnesh? De verdad te lo digo, no me hace falta ningún otro más.

—¿Otro más? —se exaltó Barandas al hacer mención a ello, levantando una ceja, en obvia espera de más explicaciones, mas no obtuvo ninguna; finalmente, negó con la cabeza, dijo algo entre dientes y continuó—: Muy bien, esto es lo que yo sé. Hay tres líneas defensivas en la caverna. La primera se trata de un hechizo que es una ilusión para ocultar la entrada. No hay problema con este: sé como funciona y puedo romperlo. La segunda defensa es una puerta con un hechizo que convierte en piedra a todo el que la abre.

—¿A quién tienes en mente para que lo petrifiquen? ¿A mí?

Barandas negó con intensidad.

—¿Será posible que no tienes ninguna confianza en mí? ¡Eres mi *amigo!* —dijo indignado mirando fijo a Cornell, para después encogerse de hombros y continuar—: Había pensado en el alreu.

Estaba claro que el hechicero esperaba un brote de ira por parte del cayaboreano, mas Cornell asintió serio:

—Ésa sí que no es mala idea.

—No te enloquezcas como... —alcanzó a decir Barandas, para detenerse tras un momento y mirar a Cornell con ojos entrecerrados—. No hablas en serio, ¿o sí?

Entonces, el cayaboreano sacó a relucir una sonrisa maligna. Se hubiera creído un momento que él habría arrojado con agrado al alreu a un abismo seguido de aceite hirviente, sólo por si acaso. Después, desapareció la mirada malvada, que dejó el lugar a un semblante alegre y que planteaba un interrogante:

—¿Qué tienes para deshacer el hechizo de la petrificación?

—Maldito cayaboreano... —se detuvo Barandas, para después sacar un pequeño frasco de un bolsillo de la toga y encajárselo a su amigo—. Viértelo sobre el alreu petrificado apenas haya hecho efecto. Apenas sabrá lo que le ocurrió. Y, en serio, mejor que sea el alreu. Los hobrecillos son bastante buenos para abrir puertas cerradas. En lo que hace a la tercera línea, hay dos estatuas delante de la entrada de la morada del hechicero. Merced a un acertijo, se las hace a un lado, para así entrar felizmente y recoger los artículos.

—Parece como si tuvieras todo previsto —asintió Cornell, sopesando cuidadosamente las palabras del hechicero—. ¿Por qué quieres que Gabe te acompañe?

—Oh, ¿es así? —dijo sonriente Barandas—.

Cornell estaba atónito mirando la silenciosa satisfacción del hechicero; después, las piezas comenzaron a encajar:

—¿Tú *sabías* que él está conmigo?

—Por las mareas de la magia, Cornell, eres bastante lento —se mofó Barandas—. ¿Te acuerdas de la *magiesquela* de Chazevo? El nombre de tu amigo bárbaro estaba bien clarito en ella, así que me alcanzó con estar atento a él para hallarte. ¿Podemos olvidarnos del salvaje? ¿Por qué no le dices que cace un ciervo para celebrar después de lo de la caverna?

—No creo que Gabe quiera quedarse afuera —comentó Cornell con una sonrisa—.

—¡Al cuerno con él! —gruñó Barandas— No nos hace falta el bruto. El alreu es útil, conque bien, él se queda.

—¿De veras? ¿Y tú le vas a decir? —preguntó Cornell, quien se quedó pensando un momento, para después decir—: Gabe en general larga hachazos con la derecha para sacar la cabeza. Si te agachas en el momento justo, tal vez te alcancen los pies para correr.

—¿En serio quieres que el salvaje sea de la partida?

Cornell arqueó una ceja.

—Nadie te pidió que te unieras a *nuestra* partida. Sé que se te hace difícil comprenderlo, pero el mundo no gira en torno a Barandas el Magnético.

—“Magnífico”! —retrucó automáticamente el hechicero—.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Finalmente, Barandas espetó:

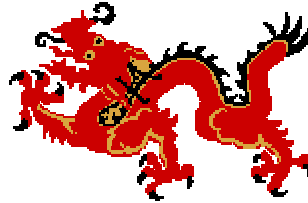
—Muy bien, si quieres, que tu salvaje venga con nosotros. ¿Y tú, vienes o no?

Cornell se levantó, se encogió de hombros y enfiló hacia la puerta.

—Gabe va a esa caverna diga yo que sí o que no. Y como es posible que sea peligroso para Flink y él, yo también voy —dijo, y abrió la puerta—.

—¿Y yo? —preguntó Barandas—. ¡También podría ser peligroso para mí!

El cayaboreano le regaló una sonrisa radiante al hechicero y, después, salió por la puerta.



Finalmente, había un caballo como la gente debajo de él, lo que lo llenaba de regocijo a Cornell en viaje a la caverna. El semental marrón le había costado veinticinco *torkyns*, pero valió cada moneda de oro. El equino era una máquina: tenía músculos formidables y su pasión por el galope se hizo obvia desde el primer momento en que el cayaboreano le puso los ojos encima. “Ventarrón” fue el nombre que le puso al caballo, y tan pronto como la partida dejó los muros de la ciudad, el semental dio pruebas de que le quedaba bien. Cornell se vio obligado a utilizar toda la fuerza para evitar que el anduviera dando corcovos devorándose el camino de tierra que atravesaba el accidentado terreno cubierto de hierba.

Unos kilómetros al este corría el impetuoso río Cheselain, que brindaba a esta parte de la tierra de los tonomai abundante agua para mantener varias granjas, sin mencionar que crecían arbustos y árboles por doquier. No se podría decir que el sitio merecía el calificativo de “exuberante”, sobre todo si se estaba acostumbrado a la rica flora de climas más benignos. Para Tonomat era un oasis hermoso.

—¿Alguno tiene algo que decir al respecto? —inquirió Cornell al escudo de madera duéndica que llevaba calzado en la montura—.

—Nos vamos a morir —respondió la voz del cobarde de Nev—. Las trampas mágicas de esa caverna de porquería nos van a matar.

Phindar, ex jefe de caravanas y sacerdote de Decalleigh, musitó:

—Bueno, todo esto me hace acordar de un viaje que mis amigos y yo hicimos hace casi veinte años. O, no, esperen, ¿no fue veinticinco? Pasa tan rápido el tiempo...

Con calma, la única voz de mujer que salía del escudo interrumpió a Phindar:

—¿Y, escudado, era eso lo que esperabas?

—Sí —asintió Cornell con una sonrisa de fastidio—, todos están en lo de siempre —dijo dándole una ojeada por encima del hombro a Barandas, que veía conduciendo el carro; el hechicero tenía los ojos, que despedían un brillo codicioso, pegados al escudo en vez del camino—. Ni de casualidad —le dijo Cornell—. No te voy a dar oportunidad de revisar este objeto mágico. Ya que estamos, ¿qué pasó

con ese anillo mágico que te di hace medio año? ¿No era que lo querías ver nomás y después me lo devolverías?

—Eh... —balbuceó Barandas, quien rápidamente hurgó en su toga, para después sacar un mapa trazado en papiro y agitarlo diciendo—: ¡Sólo quedan uno o dos kilómetros, como mucho! Tendremos que doblar en el próximo cruce.

El cayaboreano sonrió satisfecho y volvió la vista hacia adelante. Iba a pasar media hora al menos hasta que Barandas comenzara a echarle el ojo de nuevo al escudo, o quizás más. Y tal vez también el broquel permanecería en silencio.

La suerte no era *tanta*, descubrió pronto Cornell, pues Phindar respiró hondo para después empezar a relatar la historia que apenas si había comenzado un poco antes. El cayaboreano dejó caer pasadamente la cabeza, ya resignado a otra hora larga, *muy larga*. Quizá, pensó después de un momento, no sería tan malo que Barandas mirara tan de cerca el escudo que tanto deseaba. Al fin y al cabo, así Cornell no volvería a ver el broquel por lo menos unos años...

—...en ese entonces reventé a tres ratones de garras —decía Phindar—. Bueno, yo era un poquitito más joven, claro está. Tenía muchos más músculos encima, como Gabe, más o menos. ¡Ah, las mujeres se me venían encima cual luciérnagas tras una vela encendida! ¡Los ancianos del templo se volvían trastornados viendo lo que yo hacía! Pero volviendo a la historia y a esa guarida que habíamos hallado...

No, pensó Cornell con resignación, *no podría entregar estas tres pobres almas a Barandas. ¿Quién sabe lo que el idiota les podría hacer?*

Tras una hora de insulsa cabalgata —y un desvío que tomaron al cortarles el paso un lago que, a las claras, no estaba en el mapa del hechicero—, Barandas anunció:

—Aquí es, llegamos.

—¡Gracias a los dioses! —exclamó Flink, que desmontó del caballo enano como por un tobogán y salió disparado hacia unos arbustos por un asunto absolutamente personal—.

—¡Deberías haber pensado en eso antes! —dijo Gabe riéndose entre dientes—.

Los miembros de la partida desmontaron y comenzaron a mirar a su alrededor. La roca pelada que tenían adelante era impresionante. Parecía un extraño espectáculo ver algo cercano a una montaña elevarse por sobre un paisaje irregular, cuyos montículos de tierra no superaban los tres metros. Lo que tenían adelante trepaba por lo menos 150 metros encima de ellos, y que se elevaba como una estaca, cual diente que un gigante perdió en combate y que quedó clavado en la tierra. Los alisos y cedros eran abundantes y daban la apariencia de formar un bosque que retrocedía ante el suelo que se hacía cada vez más rocoso al pie de la montaña, lugar donde crecían arbustos.

Excepto por un claro que había en un sitio donde obviamente se había quemado la tierra no hace mucho. Había esquirlas blancas esparcidas en el suelo a medio enterrar por el viento, la lluvia y el lodo. Los trozos que podían identificarse mejor se hallaban bajo los arbustos: huesos de cerdos, vacas y ovejas.

Gabe levantó uno y frunció el ceño:

—Tienen marcas de dientes —dijo—. ¿Qué clase de fiesta hicieron? ¿No saben estos tonomai como contener fogatas?

—Tal vez fue la celebración anterior al solsticio de verano —conjeturó Phindar desde el broquel—. Según la creencia tonomai, su Dios Único vino a Gushémal un mes antes del solsticio y pasó cuatro semanas difundiendo su credo. Sigo sin poder recordar el nombre de esa fiesta, pero los fieles tonomai celebran la llegada del Dios Único, y el día del solsticio festejan su partida, habiendo dejado tras de sí su palabra.

Mientras los demás dialogaban sobre la religión tonomai —y Flink emergía de los arbustos con un gesto de alivio—, Barandas lentamente se echó a andar por el pie de la montaña con una mano clavada en la toga. En la roca no había ningún rasgo especial; se trataba apenas de piedra plana y gris, cubierta en parte por el musgo, y en la que había un nicho lleno de tierra que mantenía hierbas y arbustos.

En ese momento, se iluminó el rostro de Barandas, que señaló con la mano que tenía libre un punto en la montaña:

—¡Encontré la caverna!

—¿En serio? —dudó Gabe para negar con la cabeza—. Lo único que hay es roca.

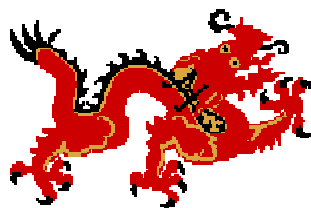
—¡Es una ilusión, estúpido! —exclamó el hechicero, para después dirigirse directamente a la montaña y desaparecer en lo que parecía canto rodado común—.

Cornell frunció la cara:

—Se me hace que ya solucionaron el problema —dijo, tras lo cual tanteó el agarre del broquel que llevaba en el brazo izquierdo, levantó la espada con la mano derecha y se introdujo en la montaña tras los pasos de Barandas—.

Flink lo siguió apresurado, temeroso de perderse parte de la diversión, en tanto que Gabe se sacó el hacha de la espalda y miró la hoja de metal:

—Bueno, *bwyell*, es hora de un poco más de gloria y honor, ¿no es así?



—¡No veo nada! —se quejó Flink—.

La más completa oscuridad rodeaba a la partida. Ni el más mínimo haz de luz se filtraba por el supuesto canto rodado enorme que se hallaba en la entrada de la caverna. Se oían sonidos a la distancia, a lo largo de lo que tal vez sería un laberinto de túneles; eran sonidos débiles, como de ratas que pasaban corriendo.

Barandas se reía entre dientes mientras él mismo hacía ruido hurgando en los muchos bolsillos de su toga.

—Agárralo —musitó Cornell—.

—¿Que agarre qué? —preguntó Gabe, hurgando él también un poco—. En algún lado tengo un encendedor de lumbre... Cachemir, se me tendría que haber ocurrido antes...

El hechicero soltó vítores para sí mismo, y, acto seguido, un rayo de luz se abrió paso entre la oscuridad; salía de un delgado y exquisito brazaletes que Barandas llevaba en el brazo izquierdo.

—Olvídate de tu encendedor de lumbre, bárbaro —se mofó—. Esto es mejor. Cornell, tengo uno para ti también —dijo, y con gesto triunfante le lanzó uno idéntico al cayaboreano, quien, con destreza, lo atrapó y calzó en el brazo; al instante, de la parte superior del brazaletes salió otro haz, cual si emanara de una fuente—. Barandas el Magnífico cumple una vez más.

—¡Es hermoso! —exclamó el alreu bailado alrededor del brazo de Cornell para ver el brazaletes de la mejor manera posible—. ¿Puedo tener uno de igual, eh, puedo?

—¡No! —espetó Barandas—.

—Yo diría que ya basta de esto —dijo Cornell afirmando pesadamente con la cabeza, para después blandir con lentitud la luz a fin de ver dónde se hallaban—.

Lo que la luz suya y la de Barandas revelaron fue una simple caverna, desprovista del musgo o liquen que, por lo común, se espera que haya en tales sitios —al fin y al cabo, el sol jamás llegaba a este lugar—; sí había toscas hendiduras que atravesaban las paredes y que daban paso a tres aberturas oscuras en la parte posterior de la caverna.

Flink salió correteando hasta donde llega la luz, y pronto abarcó todo lo que veía; acto seguido, suspiró y, de brazos cruzados, dijo:

—¡Bueno, esto sigue aburrido! ¿No era que había monstruos?

—¿O una puerta protegida por arte de magia? —preguntó Cornell levantando una ceja para Barandas—.

El hechicero permaneció imperturbable: volvió a meter la mano el bolsillo y la giró un poco hacia la izquierda, para por fin señalar una de las aberturas, que era pequeña y de bordes mellados.

—Ésa es la que tendría que llevarnos hacia la puerta.

—¡Pues vamos! —exclamó Gabe, quien inclinó ligeramente la cabeza para evitar chocársela con el bajo techo y enfiló hacia el túnel—.

Los brazaletes revelaron un pasaje muy retorcido, cuyas paredes estaban negras por los yacimientos de carbón, que despedía un penetrante olor a moho; algo se había estado pudriendo en el lugar. Quizá ladrones de tumbas sin suerte que no llegaron a traspasar la segunda línea de defensa, la puerta del hechizo de la petrificación y que, pues, no hallaron forma de salir.

Pensamiento bastante desagradable, que rápidamente Cornell confinó a lo más recóndito de la mente.

Entonces la luz que llevaban se perdió en una abertura gigante del lado izquierdo, iluminando un túnel ancho, cuya boca se abría en el pasaje que recorrían. Las paredes se veían muy lisas y tenían un débil brillo a la luz de los brazaletes.

—¡Uy, parecen diamantes! —exclamó Flink corriendo para examinar las paredes de cerca—.

Gabe abrió grande los ojos:

—¿Diamantes? —inquirió el bárbaro a apenas un paso detrás del alreu, para después inspeccionar él mismo, y suspirar después de un momento—. ¡Toda la pared es de diamante! O, bueno, algo parecido —gritó exasperado—. ¿Y cómo voy a hacer para sacarlo?

—Oh, Gabe, esto es hermoso —dijo Flink, recorriendo con la mano la suave pared, en cuya superficie se habían hecho estrías profundas y filosas, tan filosas que, de pronto, el alreu se quejó y retiró la mano ensangrentada, para lamerse la herida, después olvidarse del dolor y mirar las estrías con más intensidad; por suerte, Cornell dirigió el brazalete en su dirección—. ¡Oh, señores, esto es intrigante! ¡Parecen marcas de garras! ¡Al fin y al cabo, quizá haya monstruos aquí! ¡Estupendo!

—Estupendo —repitió Cornell cual eco con los labios apretados—. ¿Y, Barandas?

El hechicero se encogió de hombros con el ceño fruncido:

—No escuché nada sobre criaturas aquí. El posadero sólo mencionó trampas de hechicería.

—¿El posadero? —preguntó el cayaboreano con repentino interés—. ¿No le habías comprado el mapa a un mercader?

—Lo que...

A esta altura, Flink había perdido súbitamente el interés en las aparentes paredes de diamantes y se echó a correr por el túnel donde estaban —que se hacía un poco más ancho desde este punto hacia adelante—, desapareciendo de la nítida luz de los brazaletes. Cornell largó un insulto, levantó el brazo y siguió al alreu. Un minuto después había dado con la veloz y pequeña criatura, iluminando el brazalete un pila de madera rota y de un extraño color gris, sobre la que se arrodillaba Flink tocándola con cuidado.

—Ya ve —comentó, en absoluto percatándose de la carrera de Cornell tras él—, esto es piedra. Yo hubiera dicho que era madera, y parece que una vez hubo una puerta aquí, pero en realidad es roca. Uy, señor, ¿le parece que alguien se tomó el tiempo de tallar la piedra hasta hacerla quedar como una puerta de madera? ¡Madre mía, qué tremendo!

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al cayaboreano. Ésta había sido la segunda línea de defensa de la que Barandas había hablado. Y ahora ya estaba destruida, destrozada, y el hechizo de la petrificación había convertido los restos de la puerta en piedra. Algo poderoso debe haber reventado la puerta, algo capaz de resistir cualquiera de las protecciones mágicas.

Fuera lo que fuere, quizás siguiera aquí.

Un instante imperceptible Cornell deseó que el bastón del dragón que tenía en la alforja todavía funcionase. Con el arma que echaba rayos en el brazo se habría sentido un poquito más seguro.

Por otra parte, se aseguró con toda sus fuerzas, él tenía una espada y escudo mágicos. Merced a los poderes ínsitos en el broquel, que creaban las tres almas embutidas en la madera duéndica, no debería estar preocupado.

Mas lo estaba.

—¿Oro? —exclamó el bárbaro haciendo añicos las reflexiones al tiempo que se precipitaba a los pisotones por el pasaje abalanzándose sobre un pequeño montículo de metal reluciente; rápidamente, se sacó el polvo, y, acto seguido, Gabe apretaba en las manos unas baratijas, dos imágenes y un collar—.

Con igual emoción gritó de júbilo Flink, quien salió disparado hacia el bárbaro a inspeccionar también las baratijas —aunque su ansiedad tenía más que ver con el gozo absoluto que le producía ver algo nuevo que con el recuento mental del dinero que llevaba Gabe—.

—¡Basta! —gritó Cornell—. ¡En este lugar sigue habiendo algo peligroso!

—Parecen imágenes de un santo tonomai —comentó con interés Phindar desde el escudo—. La doncella que acompañó al Dios Único en su viaje por el mundo; de tratarse de la obra de un maestro, se podría sacar una buena cantidad de *torkyn* en oro en el mercado.

—¿Sabe cuál es el valor? —preguntó Gabe mientras sostenía una de las imágenes hacia el escudo—.

Cornell alejó de golpe el broquel de la imagen para gritar:

—¿Van a parar *de una vez* con este asunto? ¿*Todos*?

En tanto que el cayaboreano se veía expuesto a varias miradas de desencanto (una al menos —la de Phindar— era imaginaria), Barandas había continuado con la exploración del túnel más allá de la puerta rota. El pasaje rocoso hacía una ligera curva, haciéndose un poco cuesta abajo y yendo para la derecha. El hechicero lo siguió con cuidado, dirigiendo la luz del brazaletes sobre cada grieta, no fuera cosa de que se perdiera algo importante (valioso o peligroso, ambos revestían igual). Detuvo el paso al hacer el túnel una curva pronunciada hacia la izquierda y abrirse hacia un antro de dimensiones bastante mayores.

Barandas frunció el ceño, se apoyó contra la pared y se asomó con cuidado sobre el borde.

Fue para ese momento que Cornell se las había arreglado para disuadir a sus compañeros de que siguieran recorriendo cada parte del pasaje en busca de más objetos de valor y dirigir la luz por ese corredor. Justo a tiempo, como resultó ser, para ver a Barandas agacharse reculando rápidamente de la abertura, estampar la espalda contra la pared del túnel y mirar pálido a la partida.

—Malditas mareas de la magia —musitó, para proseguir con tono lento y apremiante—, Muchachos, creo que sé qué es lo que destruyó la puerta. ¡Sólo hagan *silencio*!

Cornell se arrojó al hechicero, se inclinó hacia la abertura —haciendo caso omiso de los gestos de advertencia de Barandas— y vio que éste tenía sus motivos.

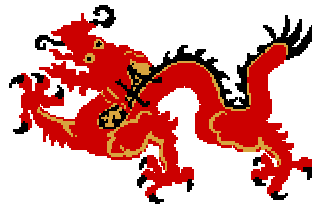
El antro que se hallaba a continuación era realmente muy grande. Así tenía que ser, teniendo en cuenta las toneladas de carne cubierta de escamas verdes enroscada en el centro: una majestuosa y aterradora cabeza que se apoyaba profundamente dormida encima de los anillos; aire caliente y húmedo salía por las fosas nasales ubicadas sobre unas fauces de muy pero *muy* grandes dimensiones, de las que sobresalían incisivos de casi un metro de largo.

Era un dragón imperial.

Viejo, para más datos.

—¡Estamos fritos! —musitó el cobarde de Nev en el broquel—.

Por una vez, Cornell no le llevaba la contra.



—Salgamos de aquí —musitó Cornell a sus amigos tomando a Flink de los hombros—.

El alreu había estado apunto de salir correteando entre las piernas del cayaboreano y meterse disparando en el antro; se tuvo que contentar con contemplar boquiabierto al dragón gigante, exclamando como en un maullido, “Oooooooooohhhhhh...”

Gabe negó con la cabeza, sopesando a *bweyll* con desazón en una mano y una de las imágenes de oro en la otra.

—Los dragones imperiales tienen riquezas, ¿o no?

—No sirven de mucho —dijo Halla Valfrey en tono suave desde el broquel que llevaba Cornell en el brazo— cuando ya te han quemado y comido.

—Me quedó claro —asintió el bárbaro para refunfuñar en sus adentros—. Basta con lo de tu tesoro, hechicero.

Barandas ya se había recuperado de la conmoción y se asomó por sobre el borde del túnel de nuevo con una mano en el bolsillo.

—Está ahí, donde tiene que estar. Lo siento.

—¿Sí? —dudó Cornell levantando una ceja para después, cual relámpago, atraparle los dedos que el hechicero sacaba del bolsillo: junto a ellos apareció un objeto brillante y reluciente parecido a la base de una pirámide, a la que le faltaba la parte superior—. ¿Y bien? —preguntó Cornell apretando la muñeca del hechicero—. Sabías exactamente tras lo cual estabas, ¿no? No era un tesoro nomás, ¿no es así?

—¿Y qué sí eso fuera verdad?

La pregunta tomó a Cornell por sorpresa. De hecho, no parecía que cambiara demasiado la situación, ¿o sí? En última instancia, seguro que Barandas no sabía del dragón imperial. El hechicero era muchas cosas —ladrón, libertino, pesado—, pero siempre estaba atento a su propia seguridad, la cual se veía seriamente comprometida por la presencia del mencionado dragón.

¿Por qué la charada? ¿Por qué no decirlo directamente?

—Es algo maligno, ¿no es así la cosa?

La pregunta fue un tiro de fogueo en la esperanza de sacarle a Barandas una respuesta creíble.

Y una respuesta sacó. O algo por el estilo.

—Es discutible —dijo Barandas encogiéndose de hombros—. Que el Utensilio del Dominio de las Bestias haya sido la creación de Krysto Pharlee antes de hacerse brastok no implica que *tiene* que ser maligno.

—¿Pharlee? —repitió Cornell sorprendido esforzándose por mantener baja la voz—. ¿El rey nigromante de Rek'atrednu? ¿Estás mal de la cabeza? Todo lo que toca el cadáver viviente se transforma en maligno; ¡él asesinó personalmente a miles de cayaboreanos!

—¿Ves? —dijo suspirando Barandas—. Por eso no te lo dije. Siempre eres tan irrazonable.

Del escudo salió una tos, seguida por la extraña voz de Halla:

—Perdonen la pregunta, pero en mi época había un Krysto Pharlee en la corte de mi tierra natal, Keroull. Él era el hechicero principal del rey, mi... un hombre respetado —dijo, y por primera vez desde que llevaba el escudo Cornell, Halla tenía un temblor en la voz, bien contenido, pero que se notaba—. ¿No es claro que no podría ser el mismo hombre?

—Keroull... —musitó Cornell—. La tierra que conquistaron los cadáveres vivientes hace setenta años.

—Con la conducción de ese hechicero Pharlee, según recuerdo de mis estudios en el templo —dijo Phindar—. Supo ser el hechicero principal un par de décadas antes de hacerse rey. Halla, me temo que la persona que conociste se sienta ahora en el trono de lo que fue tu tierra natal y reina sobre todas las clases del mal.

—Comprendo —dijo Halla con el dolor subyacente en la voz—.

Un bostezo rugiente los interrumpió y elevó la temperatura del túnel unos grados. Todas las cabezas giraron, excepto la de Flink, que seguía observando al dragón.

—¡Madre mía, señores, miren esos dientes! ¡Pero si son más grandes que los del holnesh! ¡Uy, Gabe, son más altos que tú!

Lentamente el dragón levantó la tremenda cabeza de los anillos de la cola. Poco a poco los miembros anteriores provistos de garras se irguieron hasta llegar a los ojos, a los que restregó cual ser humano después de despertarse. La criatura volvió a bostezar, largando aire caliente de las fauces abiertas para después pestañear y voltear la cabeza hacia la entrada del antro.

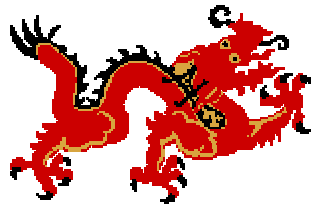
—¡Hora de desayunar! —anunció el dragón con alegría y palabras que no daba gusto comprender con facilidad, dada sus extrañas fauces—. Me *encanta* tanto la buena comida. Mmm, son sabrosos los humanos...

—¡Soy *alreu!* —gritó Flink indignado—.

Su grito rompió el atónito silencio de la partida. Al instante, tanto Cornell como Gabe tendieron la mano y tomaron el diminuto cuerpo de Flink, para salir corriendo a paso rápido hacia atrás por el túnel, varios metros detrás de Barandas.

El dragón bostezó una vez más estirando su tremendo cuerpo. Se desplegaron los anillos de su larga cola, cuya punta se estampó varias veces en las paredes del antro con tal fuerza que hizo desprender pedazos del techo.

—¡Otra vez no! —se quejó irritado—. No me *gusta* correr. ¡*Sí* que pagarán por esto!



La llamarada recorrió el túnel cual bólido con un sonido aturdidor. La oscuridad desapareció merced a las llamas que como rayos colmaron cada hendidura encendiendo el carbón de las paredes hasta elevarlo a increíbles temperaturas y resquebrajarlo. Las llamas dominaron el túnel un minuto entero, hasta que finalmente se apagaron. Las paredes brillaban incandescentes; su superficie áspera y oscura se había vuelto una sustancia mucho más dura. De pulírsela, habría destellado cual diamante.

—¡Oh, *hu*-manos! —retumbó alegre la voz del dragón—. ¿Siguen vivos?

—¡*No contestes!* —advirtieron al unísono Gabe y Cornell al alreu, que había abierto la boca—.

Apenas sí habían llegado a la abertura del segundo túnel, subido gateando las paredes de diamante y aferrado a la cara vida en las estrías de tales paredes. Estrías que dejaron las garras del dragón, tan filosas que atravesaban el diamante. Ninguno se atrevió a preguntarse lo que le harían esas zarpas a la carne humana. O la carne de alreu, que para el caso era lo mismo.

Desde más adelante en el pasaje provenían pisotones. Era el dragón que se acercaba.

Cornell estiró la cabeza para echar un vistazo al segundo túnel doblando cuidadosamente la dirección del brazalete para iluminarlo. El hueco se elevaba a un ángulo de sesenta grados; las paredes eran de diamante tan claro como el de la boca. Había más estrías de bordes filosos a largo del recorrido, lo que le recordó a Cornell el dolor que sentía en los dedos que quedaron apisonados entre dos de esos bordes. De no haberlos desafilado las garras del dragón, le hubieran cortado los dedos al cayaboreano.

—Podríamos subir por aquí.

—¿Estás loco? —exclamó como respuesta Barandas, que colgaba en cuatro patas por sobre la cabeza de Cornell—. ¡Nos va a hacer pedacitos esa subidal! ¡Además, el dragón nos va a reventar acá como moscas!

El hechicero tenía razón. Iba a llevar demasiado trepar por el hueco, lo que le daría tiempo más que suficiente al dragón imperial para atravesar la boca del segundo túnel y lanzar sus llamaradas en el interior.

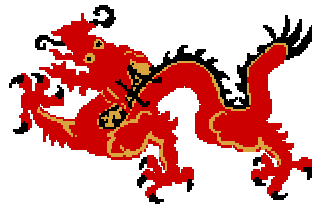
A menos que alguien le diera al dragón algo con qué jugar.

—Arránquense tiras de la ropa y envuélvanse las manos; después, salgan de aquí —le dijo Cornell can calma a sus amigos—.

Gabe, que estaba justo al lado de Cornell, gruñó:

—¿Y el dragón?

—Lo voy a entretener —respondió el cayaboreano, para después soltarse de las estrías—.



Al caer de pie, Cornell sintió el ardor del suelo del túnel inferior. El aire caliente le atacó los pulmones y se introdujo llameante en ellos. Con el escudo en la mano recuperó el equilibrio apoyándose en la pared. Las almas de la madera duéndica gritaron de dolor, pero más adelante en el túnel ...

—¡El desayuno! —exclamó el dragón, abriéndose camino tortuosamente con su ancho cuerpo a través del pasaje, haciendo que se desprendieran rocas del techo y que se esparcieran sobre el grueso cuero verde, lo que le daba un tinte gris ceniciento—. Creí que... los... había quemado... —dijo con voz fuerte y esfuerzo al pronunciar cada palabra—.

Ya con eso se ve que es un dragón muy viejo fue el nuevo juicio de Cornell respecto de la criatura:

—En ese caso, ¿te gustaría tener algo que comer? —respondió a los gritos—.

El dragón se detuvo, y echó una llamarada que le arrojó más aire tórrido a Cornell.

—No... lo... había pensado...

—¡Quémame, y te volverás a quedar con hambre!

El dragón pestañeó:

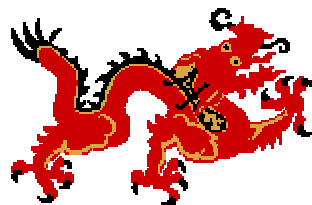
—¡Necesito comer!

—En ese caso, ¡trata de atraparme!

Cornell giró y se lanzó a correr por el túnel hacia el hueco más pequeño. En sus adentros ya había sentido encima la rápida y mortal ráfaga de fuego, que lo transformaría en una papa frita.

El dragón no se movió ni un momento. Levantó una pata para rascarse el mentón, para después negar furioso con la cabeza.

—Tengo hambre —resolvió, y volvió a andar a los pisotones; el pequeño pasaje que quedaba por delante era demasiado angosto para sus dimensiones, pero al lanzarse en loca carrera en la roca, la piedra cedió y estalló ante la presión—.



—¿Van a morir? —preguntó Flink mientras andaba cual araña de estría en estría—. ¿Cornell, Halla, Phindar, Nev, Ana?

Arriba de él, resopló Barandas en plena concentración para alcanzar la siguiente fisura.

Debajo del alreu estaba el enorme bárbaro, esforzándose al máximo, cosa que denunciaba el rostro rojo por el esfuerzo.

—¡Cornell va a dar... la vida por nosotros! —dijo en un hálito entre dientes apretados—.

—Su vida tampoco era la gran cosa —musitó Barandas enojado—.

Gabe dejó de trepar, respiró hondo y levantó la vista por la pendiente hacia la luz proveniente del brazalete del hechidero. Con rostro duro como el diamante que los rodeaba, dijo:

—Morirás por lo que dijiste, hechicero.

—Uy, no sabía que te importara —replicó Barandas—. ¡Cornell ha sido mi amigo bastante más de lo que te ha conocido a ti, salvaje! ¡A él lo hace *feliz* morir por nosotros, de veras!

—Te voy a cortar las extremidades una por una —prometió Gabe—.

—¡Salvaje de porquería!

—¡Tú nos trajiste aquí!

—¿Y qué?!

Ya todos habían dejado de trepar mientras los dos humanos se gritaban al tiempo que Flink estiró la cabeza, primero hacia abajo y después hacia arriba para observarlos a ambos con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Señores! —gritó desesperado—. Señorito hechicero, por favor, ¿no puede ayudar a mis amigos, por favor? ¡Usted es magnífico, así que, por favor, use sus poderes mágicos!

A lo que Gabe, en tono ominoso, agregó:

—¡Sí, hechicero, haz eso!

—¿Contra un dragón imperial? —espetó Barandas en un gruñido y, de pronto, ya estaba remontando la pared con renovadas energías; tenía la mente en blanco, y el dolor se la trepanaba hasta llevarlo a una tormenta de nieve; a pesar de lo que dijo, él quería que existiera alguna forma en la que ayudara a Cornell; el cayaboreano *era* su amigo, y si ello había tenido algún sentido, Barandas tendría que dar la vida para salvar la de Cornell. ¿Acaso ya no había dado prueba de ello en Chazevo? ¿Pero contra un dragón imperial? ¿Y con la miserable reserva de hechizos que tenía? ¡Era ridículo!—.

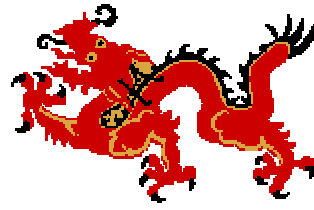
Ni siquiera le quedaban utensilios en los bolsillos que pudieran servir. Cuatro objetos que había sacado de la mansión de Tangrain en Chazevo habían resultado absolutamente inútiles, al menos hasta donde él se dio cuenta; sólo el artículo keroulliano tenía algún sentido. ¿Y el guantelete de la resurrección? No es que no habría de servir demasiado contra el dragón, mas ni siquiera le quedaba uno; había decidido usarlo en forma permanente, creyendo que ello pondría a los demás sobre aviso de su poder mágico, sin mencionar que no podrían robárselo. Pues bien, olvidó la necesidad de dormir.

Conque todo lo que tenía eran los utensilios keroullianos, los que no funcionaban sin la tercera pieza, que se hallaba en la cueva detrás del aposento del dragón.

Cueva que ahora estaba vacía.

Y los utensilios combinados daban el dominio sobre las bestias al hechicero que lo ejerciera.

—¡Te odio, Cornell! —exclamó Barandas, para después escalar hacia abajo a los gritos pelados:—
¡No me mates, salvaje; que eso sea cosa del dragón!



Flink salió del camino del hechicero gateando por la pared a último momento, y se lo quedó mirando atónito.

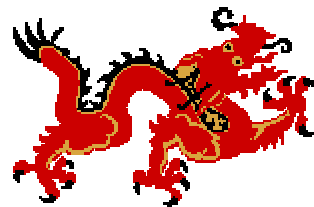
—¿Significa eso que Barandas también da la vida por nosotros?

—Que me parta un rayo si me dejo superar por un hechicero —musitó Gabe bajando la vista hacia el pozo que se abría debajo, donde la solitaria saeta de luz danzaba en la oscuridad—. ¡Flink, fuera de aquí! —dijo el bárbaro tratando de recordar lo derecho que era el hueco; podría él correr hacia abajo?: sin luz había poca probabilidad de encontrar rápido las fisuras de las paredes—. Que sea lo que Dios quiera —dijo decidido, se soltó de las hendiduras y comenzó a correr/caer—. ¡Por el honor y la gloriaaaaaaaa!

El alreu se quedó colgado de la pared enfadado:

—Sí, claro, Gabe, diviértete tú solo —dijo Flink, que, a decir verdad, era bastante bueno en enfadarse; ¡pero había un *dragón* ahí abajo!—.

Un instante pasó que ya estaba tras sus amigos.



—¿Dónde *estás*, humano? —exclamó furioso el dragón, tragando aire para largar una llamarada por el túnel—.

—¡Vuélveme visible, Nev! ¡Ahora! —reclamó con ira Cornell al escudo—.

—¿Viste lo que esas zarpas le hicieron a la roca? —gritó el cobarde—. Harán trizas el escudo, y a mí también!

—¡Te quemarán en un segundo si no nos haces visibles! —exclamó Cornell, seguido rápidamente por Halla y Phindar en el escudo—.

El cayaboreano salió a la carrera por la pendiente del hueco más angosto, cabalmente a sabiendas de que no tenía esperanzas de escapar de la llamarada del dragón imperial. La luz del brazalete revelaba más de un signo de que el diamante de la pared no estaba allí en el momento en que la partida había bajado por él: eran los restos que había dejado el primer resuello ígneo del dragón.

—Ahhh, *ahí* estás —bufó la bestia con claro alivio al volver a ver al cayaboreano, alivio que se transformó en ira incrédula al darse cuenta de que Cornell se hallaba muy a la distancia—. ¡Embustero! ¡No *salgas corriendo* de nuevo!

Cornell se detuvo, respiró hondo, apoyó las muñecas en las rodillas un momento y volvió la vista para mirar por el túnel. El emperador había sacado del hueco angosto unos cincuenta o sesenta metros para convertirlo en un amplio pasaje, y el resto parecía ser un inconveniente nimio.

Si bien, reflexionó Cornell, el hueco entero parecía que vibraba bastante más que antes. La roca no sólo se desprendía alrededor del dragón, sino también a lo largo del pasaje, incluso hasta donde se hallaba el cayaboreano. Y cada vez que el emperador se movía, la cosa se ponía peor.

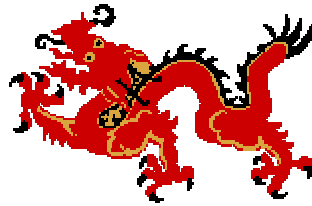
—Creo —dijo Phindar intrigado— que el túnel se está por derrumbar.

El pisotón del dragón que abrió una brecha en el piso le dio la razón. El emperador no se dio por enterado y continuó atravesando el hueco, maldiciendo al farsante del humano que lo hacía correr como si fuera un cachorro.

Cornell se acurrucó como una bola con el broquel arriba.

—¡Eh, el techo se *me* viene encima! —gritó Nev—.

Así fue un segundo después.



El estruendo combinado de rocas, alaridos, bramidos de ira y un grito de guerra bárbaro de ira hizo temblar el ancho pasaje que llevaba al aposento del dragón. Barandas hizo caso omiso de él y salió como un rayo por los escombros, que se había convertido parcialmente en diamante —y que habría sido muy fácil de recoger si se hubiera tenido el tiempo— hacia la cueva.

Era grande, más de lo que había parecido con el emperador dormido adentro. Parte de la cueva parecía construida, hecho que se denunciaba por pilares tallados en roca a los costados al estilo enaniense, y algunas vigas que seguían intactas. Otrora había habido muchos más pilares y vigas en el interior, que después destrozó el dragón al querer hacer lugar para recostarse. Lo que habría de fascinar mucho más al hechicero en cualquier otro momento era la pila de oro, platino, plata, gemas y demás sobre la que había dormido el dragón. Al final, eran ciertas las fábulas sobre el tesoro del emperador.

—¡Maldito seas, Cornell! —gritó Barandas al tiempo que se abría paso a lo loco por la pila y hacía volar por los aires todos esos preciosos bienes en camino al otro lado de la cueva—.

Ahí se detuvo, para contemplar con alivio de asombro dos estatuas de piedra gigantes que parecían no haber motiva para haberlas colocado allí. De no saber que ocultaban una puerta, el aventurero desprevenido las habría sencillamente ignorado.

Dos metros y medio de altura tenían cada una, y tenían bastante aspecto humano, pero tenían zarpas en cada uno de sus largos y robustos brazos. Tenían la cabeza gruesa y pesada y prolongados hocicos con gigantes y filosos colmillos que sobresalían. Barandas no tenía idea si es que estaban hechas a semejanza de criaturas reales, y, a decir verdad, tampoco le importaba. Sabía que tenía que haber un acertijo que haría abrir el dispositivo, hacer que los guerreros se apartaran y permitir el ingreso la habitación posterior. ¿Pero dónde estaba?

Se acercó a las estatuas, atento tanto a cualquier signo de vida que se les infundiera y que les ordenara que aniquilaran al vil hechicero que tenían adelante.

Ninguna de las dos cosas ocurrió. Por desgracia, tampoco surgió ninguna voz que recitara el acertijo, como había esperado Barandas.

—Epa, ¿sabe que se parecen un poco a Thennisgar? —surgió una voz finita a sus espaldas—.

Barandas se dio vuelta cual remolino, y con ojos bien abiertos vio al alreu parado arriba de la pila de monedas de oro. Los grandes ojos azules de Flink recorrieron lo que tenían alrededor con absoluto estupor, mas se posaron en las dos estatuas reconociéndolas un poco.

—¿Thennisgar? ¿Y ése quién es? —preguntó Barandas irritado—.

El alreu se encogió de hombros:

—Oh, apenas un demonio con el que me topé hace unas semanas —dijo con el rostro encendido—. ¡Y *yo* lo maté! De veras, es una gran historia, y mis amigos del escudo... —dijo Flink mirando con preocupación hacia la otra salida de la cueva, de donde provenía más ruido de destrucción y caos—. ¿No tendría que ir a ayudarlos? —preguntó tímidamente—.

—Lo que quieras —respondió Barandas, para volver a las estatuas—. ¡Tiene que haber un condenado acertijo en alguna parte!

—¿Se refiere a la escritura que está sobre las estatuas? —preguntó Flink inocente—.

El hechicero tosió, levantó la vista y largó un insulto al ver que la condenada criaturita tenía razón. En la piedra había talladas letras keroullianas, ya gastadas por el paso del tiempo (y, probablemente, la acción del dragón), por lo que apenas se dejaban ver.

Apenas, pero Barandas, igualmente, las distinguió.

“Retorcido y doblado estoy yo —leyó—, pues mi otro yo tanto espía, cual matas de krill —perdón por mi falta de letras— cuyo traste cese no tiene. Pronuncia mi nombre que el sendero se abrirá”.

—¿Qué es el krill? —preguntó Flink, rascándose su colorada greña—.

Barandas frunció el entrecejo.

—Es una especie de pez de los mares australes, al menos eso es lo que oí.

—Los peces no tienen trasero, ¿no es verdad?

—*“Retorcido y doblado estoy yo”* —repitió Barandas, haciendo caso omiso del molesto alreu—. Eso significa que se trata de un juego de palabras... *Lo que sigue* es un juego de palabras. El otro yo... ¡Ah, eso quiere decir “me” o “a mí”! ¡Otra forma de la palabra “yo”!

Flink intentó doblar la cabeza para ver su propio trasero, para fallar miserablemente, y sentirse miserable por fallar.

—Si los peces no tienen traste, ¿cuál es el sentido del acertijo? El estúpido que lo escribió no tendría que haberse preocupado por no saber tantas letras...

—No —gritó Barandas con el rostro empapado de felicidad—. ¡Ése es otro juego de palabras! ¡Significa que una letra de la *palabra* “matas” está mal! ¡La verdadera palabra no tiene esas! Ello significa que la respuesta es... —dijo, y el rostro se le desencajó al unir las dos palabras; una vez más, sus ojos se clavaron en las gigantes estatuas de piedra y su incómodo aspecto mortal—. Ah, Flink, por una de esas casualidades, ¿sabes algo de ventriloquía?

—¿Vetri- qué?

Barandas suspiró triste, viendo que se desvanecía toda esperanza de alcanzar el famoso objeto (y rescatar a Cornell).

—Es la modulación de la voz de manera tal que parezca que el que habla es otro —refunfuñó—.

—¿Así? —respondió una de las estatuas con la voz del alreu—.

El hechicero casi doblado del asombro miró primero a la estatua y después a la diminuta criatura ubicada sobre la pila de rocas. Antes de que Flink hiciera comentario sobre la extraña mirada de Barandas, el hechicero arrancó un papel, garabateó algo con un lápiz y se lo encajó al alreu.

—¡Que una de las estatuas diga *esto!* ¡Y no lo digas tú mismo, en *ninguna* circunstancia!

Flink se encogió de hombros, tomó el trozo de papel y trató de descifrar las presurosas palabras, para después espetar:

—Bueno, no parece muy divertido si lo digo *yo*, ¿no?

—¡Que una de las *estatuas* lo diga! —tronó Barandas exasperado, para después ocurrírsele—: ¡*Eso* sí será divertido!

Los ojos del alreu brillaron ante la perspectiva de alegría; respiró hondo, y acto seguido, la estatua izquierda dijo claramente —con una voz que sorprendió por lo grave— la respuesta del acertijo.

—Mátame.

Ambas estatuas se estremecieron despidiendo polvo de su rocosa superficie. Apareció un destello en sus ojos, verde y mortal. Parecía que olas recorrían la piedra, ondulando y dejando carne viva a su paso.

Flink observaba con creciente emoción.

—¡Ahora *sí* que se parecen a Thennisgar! ¡Nada más que más pequeñas y con apenas dos brazos! —exclamó—.

La estatua izquierda le clavó una mirada amenazante a Barandas, y dio un paso adelante. Levantó las zarpas a la altura justa para alcanzar al hechicero, tras lo cual los brazos de la estatua derecha salieron cual latigazo para arrancar un pedazo del flanco de la estatua izquierda, la que se volvió atónita, y, todavía sin salir de su asombro, vio como la otra le estampó otro golpe en el hombro.

El asombro se volvió ira, y al instante ambas estatuas se clavaban con zarpas y garras, despedazándose la una a la otra.

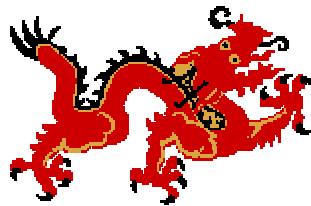
Y volvieron a convertirse en piedra en el momento en que se desvaneció la vida de ambos pares de destellantes ojos. Al piso cayeron escombros, apenas reconocibles como las estatuas que antes habían sido.

Detrás de ellas se dejaba ver con facilidad la abertura que daba a la otra caverna, de la que brotó una luminosidad intensa que dejó ver un espacio rectangular que, a las claras, tenía el estilo enaniense, incluido un pedestal tallado con runas en los costados de igual factura.

En el pedestal, sobre un negro almohadón de seda, brillaba dorado un pequeño objeto triangular.

—¡Ah! —exclamó Barandas sonriente, para entrar corriendo, arrebató el objeto del pedestal y agarrar las otras dos piezas de la toga, las que también se encastraron con facilidad, por arte de magia—.

El Utensilio de Kristo Pharlee del Dominio sobre las Bestias volvía a ensamblarse.



Cornell se quitó de encima polvo y escombros, sintiendo las puñaladas del dolor en cada centímetro del cuerpo. Desde el escudo, todavía calzado en el brazo izquierdo, escuchó provenir las maldiciones de Phindar al tiempo que el sacerdote de Decalleigh exigía sobremanera sus poderes mágicos para cerrar todas las heridas del cayaboreano, haciéndolo recobrar fuerzas para pelear.

Se levantó, se sacó de encima iracundo los últimos escombros y miró alrededor. El túnel no se había derrumbado tanto pues había abierto el paso hacia otra caverna inferior, caverna que, por lo grande, tranquilamente alojaba a Cornell y al dragón imperial, que se hallaba a diez metros de él, luchando con locura para librarse de los escombros que le habían caído encima del escamoso cuero.

El emperador se incorporó arrojando una tonelada de rocas con la cabeza y exclamando con furia:

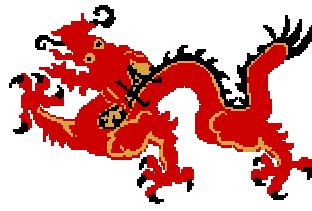
—*¡Me destruyes el hogar, humano!*

—Desayuno bastante complicado este, ¿no es verdad? —dijo Cornell jadeando y recogiendo la espada de entre los escombros, para después salir corriendo hacia las patas del dragón; la criatura todavía no se había recuperado del todo de la conmoción, por lo que él contaba con una clara oportunidad de arremeter contra el miembro anterior, y Cornell no era de ignorar oportunidades—.

El dragón dio un alarido al atravesarle la pata la espada mágica, que le abrió la piel e hizo bañar al cayaboreano en un torrente de una verde porquería líquida.

Cornell brincó por encima de las zarpas, a lo largo del enorme cuerpo del dragón y sosteniendo el escudo hacia fuera para que el filo de la madera duéndica lo cortara más.

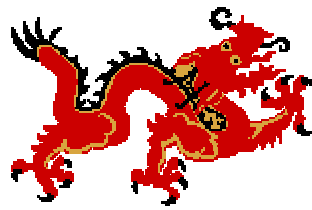
—Igual estamos fritos —comentó Nev fatalista al limpiamente salir rodando Cornell del suelo cubierto de escombros, para después pararse y enfrentar la cabeza del enloquecido dragón imperial, que encima exhibía horrendas fauces abiertas y su exhalación de aire tórrido y casi flamígero—.



—¡Deja de pelear, dragón! —gritó Barandas sosteniendo con fuerza el utensilio mágico al tiempo que corría por el túnel, del que, más adelante, provenía ruidos furiosos, signo de que se libraba una batalla—.

¡Pero él contaba con el objeto de Pharlee! Eso le otorgaba a su poseedor el completo dominio sobre las bestias que se hallaran en derredor, mas, por las Mareas de la Magia, el dragón era bastante grandecito, ¿por lo que acaso no habría oportunidad?

—¡Condenado dragón! —exclamó, y dirigió toda su energía mágica hacia el objeto, en un intento por cargarlo para que comenzara a funcionar; quizá, eso era lo que hacía falta, quizá necesitaba un poco más de energía, tras décadas o siglos de falta de uso...— ¡Deja de pelear!



Sin *breyell* a las espaldas, pero sosteniéndola firme con ambas manos, Gabe se precipitó por el pasaje. El ruido y el polvo que se hallaban más allá le nublaron todos los sentidos, mas sabía que Cornell y el dragón estaban por delante. ¡Por fin, *breyell* iba a comer carne de dragón, e iba a haber más honor y gloria para el nombre de Gabe!

A fuer de ser sinceros, esos pensamientos no eran los primordiales para el bárbaro. Ni siquiera era tener a su amigo en peligro lo que más le preocupaba. Todo lo que le venía a la mente a Gabe eran visiones de su duéndica esposa Caeryl, en su terruño, Robhovard, rodeada de tribus de salvajes —ryelneyd, araysal, weyshick, mantrac, ymarg—, la diminuta cara de ella desencajada de temor, su padre, Toriel, y su hermano, Le'hare, con los arcos tensos y las flechas marcadas. Y Gabe que aparecía de la nada, acompañado de un ejército que arrasaría las tribus, liberaría a su mujer y familia, para vivir en paz. Se vio a sí mismo, en sus tiempos de simple granjero, arando la tierra y enseñándole a sus hijos —sus *hijos*— a vivir como corresponde y contar relatos sobre sus hazañas por el mundo.

Pero primero estaba el dragón a quien había que enfrentarse.

Sus revolcones habían abierto una nueva caverna en la roca. Gabe se detuvo un breve instante en el borde del nuevo abismo, y miró hacia abajo tratando a duras penas de alcanzar una visión general. En el extremo más alejado, vio a Cornell, al ataque y a pura estocada. En el lado más cercano, todo lo

que divisó fue un enorme dragón, cuyos anillos de la cola se enroscaban y desenroscaban con toda la furia, desprendiendo más escombros de las paredes recién formadas.

Una sonrisa se dibujó sobre el barbado mentón de Gabe.

Con *bwyell* en ambas manos, se zambulló con ella hacia delante sobre los anillos, estampó el hacha contra el cuero escamoso, y gozó merced al grito que provenía de adelante.

No tenía dónde hacer pie, y sólo le quedaba esperar seguir encima del dragón, pero el instinto lo dominó y mantuvo en equilibrio a Gabe lo justo para que siquiera corriendo por la serpenteante cola, y revoleando a *bwyell* a diestra y siniestra, y haciendo volar trozos de escamas por los polvorientos aires.

Más alaridos emitía el dragón. Gabe apenas alcanzó a percatarse de las fauces y sus colmillos que se elevaban, giraban y se acercaban a los gritos. Se arrojó contra el cuerpo de la bestia, lo que provocó que las filosas escamas le atravesaran las pieles que vestía, mas la cabeza lo pasó de largo en su vana carrera, pero *bwyell*, torcida en las manos, como si se tratara de un ser con vida propia, se clavó con su filosa hoja bien profundo en la garganta del dragón imperial.

La sangre verde que manó le tapó los ojos a Gabe.

El bárbaro no necesita ojos, reflexionó en una diminuta parte de la mente, y empujó a *bwyell* para que entrara más en la hendidura que había abierto. La cabeza todavía tenía impulso: pasó de largo y se llevó puesto al bárbaro. Cayó más sangre, el dragón sacudió la cabeza de tanto dolor, tratando de sacarse de encima la astillita humana que a ella se aferraba.

Ni de casualidad, exclamó Gabe con los instintos. Quizá también con la voz; el bárbaro no podía saber. Todo lo que sí sabía era que agarrarse fuerte, que *bwyell* tenía que ir más a fondo. De alguna forma hizo pie, tal vez en las paredes de la caverna, lo que le alcanzó a darle un envión para zambullirse en la garganta del dragón, y con el filo de *bwyell* que cortaba tendones, vasos sanguíneos y la columna vertebral.

El emperador se revolcaba.

Poco sintió Gabe, que ya se hallaba completamente encubierto en la propia carne del dragón. ¡Todo lo que tenía en mente era empujar a *bwyell* más, más y *más profundo!*

Tras una eternidad, se percató de que los revolcones habían terminado.

Y que se le llenaba la boca con la sangre del dragón.

Finalmente, el terror se apoderó de él, y con renovada furia comenzó a dar hachazos para todos lados, haciendo que *bwyell* se abriera camino por la carne de la bestia. Parecía que llevaba tanto como su primera lucha, pero, por fin —¡por Cachemir!—, sacó la cabeza y respiró aire, aire limpio y fresco que le dio más fuerzas.

El bárbaro luchó un poco más, arrancó el cuerpo de la garganta del dragón imperial, y recién ahora se daba cuenta de veras de que la bestia estaba muerta. No se movía el majestuoso cuerpo, ni la cabeza, ¡ni ninguna *parte!*

Gabe dio un grito de guerra triunfal, con un pie firme sobre el cuero del extinto dragón.

—¡Honor y gloria! —exclamó—. ¡Me pertenecen!

Una voz triste y agotada respondió desde el borde de la cueva:

—Pero no a Cornell.

Gabe levantó la vista, vio al hechicero Barandas sentado en el borde con las piernas colgadas y con un objeto dorado en la mano, —y con lágrimas en los ojos—.

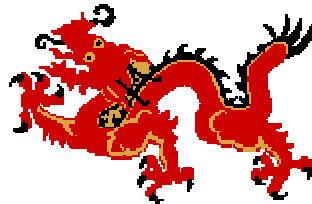
Por instinto miró hacia el otro lado, hacia donde había visto a Cornell la última vez.

Y lo que vio Gabe fue un cuerpo desparramado en la roca, con el pecho abierto por un zarpazo del dragón. La sangre ya había dejado de brotar, empapados que había dejado el cadáver, la ropa y el pétreo suelo que lo rodeaba.

El escudo de madera duéndica seguía calzado en el brazo del muerto, y, de aguzarse el oído, se habrían percibido los sollozos que de él provenían.

Bwyell cayó de las manos de Gabe. El bárbaro sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas en momentos en que caía lentamente de rodillas mirando fijo el cadáver de la caverna.

—Amigo mío —musitó, para después echar atrás la cabeza y gritar—: ¡Cooooor-nellllll!



—Maldito cayaboreano —murmuró Barandas bajo el llanto—. ¿Por qué sigo haciéndote esto? ¡Tú, maldito y despreciable imbécil honesto eres el único amigo que tengo, y esta es la segunda vez que mueres, por mi culpa!

Apenas sí se percató de la existencia de una diminuta figura a su lado, y la ira recorrió todo su ser:

—Fuera de mi vista, Flink —murmuró—.

Del otro extremo de la caverna, al lado del cuerpo inerte del dragón, Flink levantó las cejas y agitó las manos alegremente:

—¡Estoy aquí, Señorito Hechicero! ¡No estoy a la vista de usted, eso es seguro!

Las palabras apenas quebraron la congoja de Barandas para que se diera cuenta de que la diminuta figura no podía ser el alreu. Y ello descartaba a todos los de la partida, lo cual...

Barandas salió disparado de su colgante asiento, sacó una daga de la toga y enfrentó... a una enana canora, ataviada en la más fina seda, que se movía cada vez que respiraba la venerable mujer. No portaba armas, sólo un arpa colgada en la espalda.

—Me llamo A'alsys —dijo con suavidad—, y me has convocado.

—No es así —disintió Barandas, apretando fuerte el utensilio de Pharlee con la mano izquierda—.

La amhran acharadh sonrió, y su rostro era tan hermoso que llegaba incluso al alma del hechicero.

—Sí, fue así. Al forzar tu magia en el utensilio. No lo construyó ese Pharlee que tú crees; es aún más antiguo que ese malvado brastok. Él apenas talló esas runas a los lados en la creencia de que modificaría su fuerza a su propio gusto —dijo, y negó con la cabeza—. Qué tontos son, simples mortales, que se dejan llevar por la miope avaricia.

—Así que el utensilio no vale nada —bufó Barandas, para después mirar el objeto dorado que tenía en la mano, maldecir, y arrojarlo al interior de la cueva, tras lo cual se levantó una pequeña nube de polvo, que se asentó en la pirámide y la cubrió con tal perfección que la mirada desprevenida jamás descubriría—.

La amhran suspiró:

—Oh, qué miopes son ustedes también. —dijo apartando la vista del hechicero y dirigiéndola hacia el interior de la cueva, donde se hallaban Gabe y Flink arrodillados al lado de Cornell; el bárbaro cerró los ojos del cayaboreano e intentó cubrir la herida abierta con los harapos de la camisa de Cornell, en tanto que Flink iba y venía apresurado como si no pudiera creer que su amigo estaba muerto de veras—.

—Héroe —susurró ella—.

—Héroe muerto, querrás decir —refunfuñó Barandas—. ¡Por los dioses, ojalá todavía tuviera el guantelete!

A'alsys levantó una delicada ceja.

—¿Te preocupan los caídos?

—Sólo él —respondió el hechicero—. Es mi *amigo*.

La enana le regaló una sonrisa tan encantadora que casi le detuvo el corazón al hechicero. (E hizo nacer en él el temor de que ahora comenzaba a interesarse en una *enana!*)

—En tal caso, tienes un sentido de la realidad mejor de lo que creía. Pues Cornell de Cayaboré es más importante en la historia, mucho más de lo que simplones como ustedes podrían comprender.

Barandas frunció el entrecejo:

—Perdón, A'alsys, pero está muerto. ¿Cómo podría llegar a ser importante?

Ella sonrió, hizo un ademán con la mano y...

...Barandas se vio de pie en la caverna, al lado de Gabe y Flink. El dragón muerto yacía panza arriba ante ellos —¿no estaba al revés hace un momento?; el hechicero pestañeó, intentó despejarse la mente, para darse cuenta de que la amhran acharadh seguía allí—.

A'alsys le sonreía a él y a los demás, con gracia y elegancia.

—Se necesita al hombre que dio la vida para salvarlos. Por él se esparcieron por el mundo los utensilios mágicos. De no haber sido por Kristo Pharlee y el dragón, todas las pruebas y exámenes habrían estado en su lugar para asegurar que sólo la persona indicada los superara —dijo, y suspiró—. Deberían estar agradecidos a todos los dioses de nuestro mundo de que Cornell igual llegase hasta aquí, pues es al cayaboreano a quien se necesita al fin de los tiempos.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Flink—. Digo, el tiempo es eterno, eso es lo que siempre decía mi madre. Al menos, eso creo. *¡Die Zeit steht nie still, Junge, also werde endlich erwachsen*, eso es lo que me repetía!

—El fin de los tiempos se acerca —dijo la amhran afirmando con la cabeza—. Ya sabrán cuando les toque. Para ese momento se necesitará a Cornell para enderezar entuertos y asegurar la continuidad de Gushémal. De él depende la supervivencia o la caída del mundo. Y para ello tiene que estar vivo.

—Está muerto —dijo Gabe con frialdad—. No me importa lo que digas, pero de nada sirve si no puedes hacer que vuelva.

A'alsys sonrió de júbilo.

—Oh, eres belicoso, pequeño bárbaro. Me *gustas* —dijo, y la sonrisa se esfumó en un momento, para dejar paso a una sombría seriedad—. Tengo el poder de hacerlo regresar de la tierra de los muertos sólo una vez. Eso haré en una circunstancia, una solamente. Cada uno de los presentes tendrá que prestar juramento: jurar que Cornell estará *vivo* al final de los tiempos, sin importar los esfuerzos a que deban someterse, los enemigos que se les opongan, Cornell de Cayaboré *vivirá*. ¿Entienden? ¿Juráis esto?

Gabe sonrió y sacudió la melena:

—Por Cachemir, si eso hace volver a Cornell ahora, con gusto juraré.

—¡Yo también! —exclamó Flink—. Oh, no me gustaría para nada que el señor siga muerto.

Desde el escudo, Halla afirmó solemne:

—Todo lo que pueda hacer para asegurar que el escudado continúe con vida. Por la tarea de salvar el mundo, en agradecimiento a quien me liberó del holnesh.

A lo que Phindar agregó:

—Él es bueno, bien dice usted, señora. La curación es mi devoción de todas formas, por lo que ahora juro. ¿Y, Nev?

El cobarde del escudo permaneció en silencio un momento, para después musitar:

—¿Tienen idea de qué tipo de inconvenientes acarrea esto?

—Sí —dijeron Halla, Phindar y Gabe enfáticamente—.

—¡Oh, por los dioses! Está bien, juraré, listo, ¿ahora están contentos?

Nadie la prestó más atención a Nev sino que las cabezas enfilaron hacia Barandas, que miraba con mala cara a la enana canora, en absoluto convencido de si debía atar el alma mediante un juramento tan fuerte.

Pero, antes de que alguien le reprochase al hechicero, una cuarta voz, dulce y finita, salió del escudo diciendo:

—Por mi hogar, juro que se protegerá al héroe Cornell de Cayaboré.

A'alsys asintió satisfecha e hizo un ademán con la cabeza a Barandas:

—Falta tu palabra, hechicero. ¿Entiendes que el fin de los tiempos significa también *tu fin*?

El hechicero se cruzó de brazos. El sudor que le corría por la espalda le consumió todas las energías para mantener una fachada de tranquilidad. Finalmente, estalló, y él gritó:

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya juro!

—Bien —dijo A'alsys, y, de pronto, todos los presentes sintieron un sonido vibrante en el alma misma, como si se atara un lazo que los uniría al juramento con más fervor que cualquier otro—. Cornell jamás deberá saber de este juramento. Recuérdenlo, pues de lo contrario quebrarán el pacto. Ahora, para que regrese el héroe —dijo, y agitó las manos con gracia—.

Hubo luz que parpadeó en el aire; primero chisporroteó solamente alrededor de la amhran acharadh, que entonaba una cancioneta que parecía encolerizar esa luz. Las chispas surcaron el aire

hacia los restos del dragón y le hendieron el pecho con un sonido tan leve que enfermaba. Verde sangre coagulada salió derramada y se vieron las entrañas de la criatura.

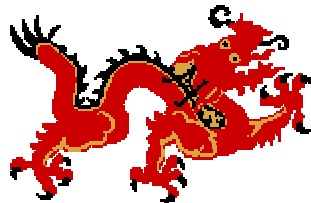
A'alsys estiró la mano, la cerró en un puño y lentamente la tiró hacia atrás, tras lo que el corazón salió arrancado del cuerpo del dragón y quedó flotando en el aire.

La partida quedó asombrada al ver el colosal corazón libre de toda carne a su alrededor. Más asombro pronto hubo al comenzar él a latir de nuevo, contrayéndose y expandiéndose con fuerza.

—Esto es para que reemplace el corazón destruido del guerrero caído —dijo con clama la enana canora, y apretó el puño, tras lo cual el corazón, como respuesta, se encogió, sin cejar en su latido ni disminuir la fuerza que exhibía; después de breve lapso, quedó del tamaño del corazón humano, mas nadie podría haber confundido el objeto verde con algo del ser humano—.

A'alsys giró hacia Cornell. El corazón seguía el movimiento de las manos de ella y flotaba encima del destrozado pecho del cayaboreano. De a poco fue descendiendo y metiéndose a presión en el cuerpo. Con un sonido de ventosa y desagradable salieron volando tripas de ese pecho, a las que reemplazaron las entrañas del dragón que se hundían en él. La partida vio los vasos sanguíneos y el cuerpo cerrarse alrededor del corazón del dragón y recibir una parte extraña, para convertirse en uno solo otra vez.

—Era un dragón antiguo —comentó A'alsys—, pero su corazón le dará vida a este cuerpo más que cualquier corazón humano haya hecho antes. ¡Mirad al que todos vosotros habéis jurado fidelidad, a quien pertenece vuestro juramento, mirad a *Cornell Corazón de Dragón!*



Cornell tenía ganas de maldecir por el dolor que le arrasaba el cuerpo, pero tenía la boca demasiado seca. Acababa de pelear contra el dragón, tuvo zarpas que lo perseguían, mas, a decir verdad, se sentía bastante bien. Bien fuerte, tomando en cuenta todo lo acontecido.

Todo lo bien que hacía falta para enfrentar al mundo, pensó, abrió de golpe los ojos y, automáticamente, tomó la espada para continuar la lucha.

Pelear pareció un poco innecesario al ver él que todos sus amigos, que lo rodeaban, lo miraban con consternación, y sin ningún dejo de alivio. Más allá vio al dragón, que estaba bien muerto y que no representaba gran peligro para nadie.

—¿Me perdí algo? —inquirió—.

Flink, siempre el primero en aprovechar la oportunidad para hablar, rápidamente abrió la boca, lista para soltar algo, pero una voz fantasmal que recorrió la cueva lo silenció diciendo "*recuerda el pacto*".

Cornell no estaba seguro de si realmente había oído eso; su mente seguía bastante borrosa y le entregaba extrañas imágenes de un lugar tranquilo que sentía muy lejano, pero estaba la mano de Gabe, que salió disparada de un flanco del bárbaro para tapar la boca del alreu.

—Oh, no mucho —dijo el bárbaro indiferente—. Maté al dragón y el... eh, Phindar te curó las heridas. Estuviste allí inconsciente un rato.

Halla lo siguió desde el escudo que llevaba en el brazo:

—Estábamos preocupados por ti, pero ya volviste y todo va a andar bien.

—¿Bien? —preguntó Cornell tanteando los músculos; ¿estaba equivocado o parecía que eran un poco más fuertes que antes?; pero si había una suerte de fuerza que lo recorría y que jamás habían experimentado antes—.

Probablemente era sólo la adrenalina, se convenció a sí mismo. En última instancia, esta era la primera vez que lidiaba contra un dragón imperial, ¡y salió vivo!

Cornell parpadeó y se secó la sangre de la frente. (*¿Sangre? Ah, eran de las heridas que había curado Phindar. Está bien.*) Y se levantó despacio.

—Bueno —dijo—, si el dragón está muerto... ¿Hay un tesoro aquí o no?

Flink mordió con fiereza la mano del bárbaro. Gabe pegó un grito y sacó los dedos conmocionado dándole al alreu tiempo para exclamar:

—¡Oh, claro, señor, que hay un tesoro! ¡Es maravilloso! Todo ese oro, y todas esas joyas, son magníficas. Las tiene que ver, en serio; ¡son *tan* hermosas!

—Parece bastante bueno —asintió Cornell preguntándose por qué ninguno de sus codiciosos amigos, es decir, Gabe y Barandas, parecían menos embelesados con la idea que él o Flink—. ¿Por qué no vemos cuánto podemos cargar en los caballos?

—Eh, bueno —asintió lentamente Barandas—. El botín.

—El botín —repitió Gabe, pronunciando cuidadosamente cada sílaba para después estallar en una sonrisa rozagante—. ¡El *botín!* Eh, hechicero, ¿tienes una bolsa de capacidad infinita o algo por el estilo debajo de la toga?

—¿Me pareció a mí o querías matarme? —preguntó Barandas—.

El bárbaro se encogió de hombros:

—Contéstame primero, ¿sí?

Los dos siguieron discutiendo un rato. Flink fue hacia Cornell, y lo ayudó a levantarse y mantener el equilibrio. Desde el escudo, Halla preguntó:

—¿Cómo te sientes, escudado?

—Muy bien —le aseguró—. Tanto que no quiero que esos dos tontos me roben la parte del tesoro. Vamos, Flink, procuremos que nos den nuestra parte antes de que hayan terminado de tratar el asunto.

—¡Oh, seguro, señor! —exclamó Flink—. Sabe algo, me gustaría conservar partes de las estatuas que se mataron en la cueva. *Yo* las hice hacer eso, ¿sabe? No escuche al Señorito Hechicero si él le dice lo contrario; ¡fui yo! ¡En serio, de veras!

—Seguro —dijo Cornell, y comenzó a trepar el cadáver del dragón—.

En cierta forma la vida comenzaba a parecer realmente buena. Bueno, un poquito mejor de lo que parecía ayer. Todo lo que tenía que hacer era convencer a los idiotas de sus amigos de que lo acompañaran a Cayaboré, sin más desvíos necios. Entonces podría entregar el bastón del dragón de Chazevo, roto como estaba y, quizá, por fin tendría algo de tiempo para pasar con su familia. Sin mencionar a Tempestad, su dragón corcel que, seguramente, le estaba haciendo la vida imposible a todo el que lo montara al estar su amo tan lejos.

Cornell sonrió al imaginar la expresión que pondrían sus amigos al enterarse de quién había vuelto a casa.

—Sabe algo —decía Flink—, mi mochila es un poquito mágica también. Quizá podríamos poner algo de oro allí, y, cuando lo necesite, lo saco para usted, señor. Usted realmente se merece un montón de cosas, señor.

—Así es, Flink —asintió Cornell—.

A decir verdad, la vida parecía endiabladamente buena ahora.

FIN
